



Historia y literatura de Agustina de Aragón

Ana María Freire López

UNED (Madrid)

Se pueden repasar los acontecimientos históricos de todo tipo a través de la historia de la literatura, y desde luego hay personajes literarios tan importantes como los históricos, a veces casi más, pero siempre es importante diferenciar lo que pertenece a la ficción pura y lo que procede de fuentes revisables.

(Carmen Iglesias, *De Historia y de Literatura como elementos de ficción*, Madrid, 2002, p. 148).

El reciente discurso de ingreso en la Real Academia Española de Carmen Iglesias, *De Historia y de Literatura como elementos de ficción*, ha venido a resultar a posteriori, porque mi trabajo ya estaba inscrito y casi escrito, el perfecto marco teórico para la comunicación que ahora presento. Las imbricaciones y deslindes entre el quehacer histórico y el literario que constituyen la esencia de ese interesante discurso, vienen como anillo al dedo para hablar de lo que titulé *Historia y literatura de Agustina de Aragón*.



Agustina de Aragón es el nombre con el que ha pasado a la historia y a la leyenda Agustina Zaragoza Doménech, por su heroísmo en la Guerra de la Independencia, y especialmente por su patriótica hazaña durante el primer sitio de Zaragoza.



Por eso, al hablar de Agustina de Aragón, es importante deslindar la realidad de la leyenda que, forjada sobre hechos históricos, ha dado origen al mito, al personaje protagonista de obras novelescas y teatrales, zarzuelas y películas¹. El gesto heroico de

Agustina fue también inmortalizado en las artes plásticas. Goya le dedicó uno de sus grabados de la serie *Los desastres de la guerra*, titulado *¡Qué valor!*, en el que una esbelta figura femenina, de espaldas, aplica el botafuego a un cañón rodeado de cadáveres de artilleros. Y Juan Gálvez la pintó al óleo en un cuadro que la representa de frente y de cuerpo entero en primer plano, en actitud serena, con el brazo izquierdo apoyado sobre un cañón y el derecho extendido, sosteniendo un botafuego. Los menudos pies se apoyan sobre la tierra cubierta de cadáveres. En segundo plano, un artillero se inclina sobre otro cañón, y junto a él se advierte, también de espaldas, otra figura femenina. Al fondo, el campo de batalla, que se pierde en la lejanía².

Pero de Agustina de Aragón poco suele conocerse más allá de su hazaña durante el primer sitio de Zaragoza en 1808, cuando, en el asalto de los franceses al Portillo de San Agustín, arrebató de las manos de un artillero moribundo una mecha y prendió un cañón de 24, repeliendo el asalto.

Mi interés por el personaje no tuvo un origen literario, sino histórico, pues surgió en el curso de una investigación sobre la Guerra de la Independencia. Al acercarme al personaje de Agustina hallé una bibliografía, muy pobre y confusa, en la que figuraba la novela histórica escrita por su hija, sobre la que recientemente ha llamado la atención M^a del Carmen Simón Palmer³. El valor literario de la novela es escaso, pero, paradójicamente, ha resultado para mí una ayuda muy valiosa en la reconstrucción de algunos aspectos de la vida de Agustina de Aragón⁴. Los pocos biógrafos que se han ocupado del personaje han rellenado con suposiciones y conjeturas -que ofrecen como si fueran datos ciertos- lo que no pudieron verificar con documentación fiable, o han interpretado, con falta de rigor histórico, algunos hechos que no coinciden con la documentación que contiene su expediente militar, existente en el Archivo General Militar de Segovia.

De modo que, en la novela escrita por Carlota Cobo, encontré que -dejando a un lado la romántica ficción que, protagonizada por personajes inventados, se entrelaza con la vida de la heroína y de la que hablaré después-, tanto la cronología como los itinerarios y los hechos que se asegura que son históricos, resultan mucho más fiables que parte de lo que nos relatan como histórico Agustín Coy Cotonat⁵ o Francisco Lanuza⁶, y, desde luego, que cualquiera de las obras de ficción sobre la vida de Agustina, tanto literarias como cinematográficas.

Pero parece inevitable preguntarse por qué Carlota Cobo eligió la novela histórica como género para relatar la vida de su madre, en vez de escribir una biografía, cuando, según afirma, contó con la ayuda de la protagonista de la novela para su redacción. Al margen de que la novela histórica estuviera de moda en esos años, sin duda la literatura le permitía más libertades que el género biográfico a la hora de soslayar etapas de la vida de la heroína que era preferible dejar en la sombra, o de no hablar de los hijos, o de crear algún personaje de ficción que pudiera hacer verosímil lo que sería inadmisibles si se contara como realmente sucedió. Solo si se consigue deslindar lo real de lo ficticio, y se puede probar que efectivamente sucedió lo que se toma como histórico, se puede aportar nueva luz, desde la literatura, a la biografía de Agustina de Aragón.

En mi opinión, no sólo Carlota Cobo contó con el testimonio oral de Agustina, sino que ésta debió de conocer el boceto de la novela, aunque fuera inacabado. En efecto, la novela, con 46 capítulos y 528 páginas, se publica en Madrid en 1859, menos de dos

años después de la muerte de la protagonista, y después de unos trámites, que debieron de llevar su tiempo, pues Carlota Cobo recabó la protección de la reina Isabel II y le dedicó la obra, destinando los beneficios que produjera su venta como donativo al ejército de la Guerra de África, recién comenzada.

La historia real en la ficción novelesca

Partiendo de los documentos oficiales, tanto de los expedientes militares existentes en el Archivo General Militar de Segovia, como de las distintas partidas de Bautismos, Matrimonios y Defunciones de los personajes de esta historia, y tomando de las biografías sólo lo que fuera posible verificar, hemos podido reconstruir el itinerario biográfico de la heroína, que resumimos brevemente.

Agustina Zaragoza Doménech nace en Barcelona en 1786 y es bautizada el 6 de marzo en la parroquia de Santa María del Mar⁷. El 17 de abril de 1803 se casa con Juan Roca Vilaseca, que había nacido en 1779 y que en 1796 había ingresado como Artillero en el primer regimiento acantonado en Portugal, hasta que en 1802 ascendía a Cabo Segundo.

La novela comienza cuando Agustina y Roca -a Juan Roca nunca se le llama por su nombre de pila- llevan unos quince días casados y él recibe la orden de marchar a Mahón, lo que efectivamente prueba su expediente militar, que registra su destino a la isla de Menorca.

También según la novela, en el viaje a Menorca Agustina conoce a Luis de Talarbe, que será el verdadero amor de su vida -del que después trataré, porque creo haber averiguado su verdadera identidad- y, ya en Mahón, conoce también a Clemencia, el personaje de ficción que protagoniza la otra trama novelesca, que se entrelaza con la historia de la heroína de Zaragoza.

El matrimonio Roca, según la novela -y no hay nada que lo desmienta- se encuentra de nuevo en Barcelona en los días previos al estallido de la Guerra de la Independencia, y cuando los franceses se apoderan de la ciudadela de Montjuich, en febrero de 1808, Agustina y Roca todavía están juntos. En la novela no se habla de hijos. Poco después, Roca abandona bruscamente a Agustina, llamado por su deber militar.

Agustina, sola, se dirige a Zaragoza, a donde se ha trasladado Clemencia, con la esperanza de hallar allí a sus padres. La novela hace que en el viaje se reencuentre con Talarbe, que le hace ver lo peligroso que es para ella viajar sola en tales circunstancias y se ofrece a acompañarla y protegerla.

Tiene lugar entonces un suceso, que Carlota presenta como histórico, ocurrido en Esparraguera, donde Agustina intercede y logra que se les perdone la vida a unos soldados franceses. Según un documento de su expediente militar, efectivamente Agustina se hallaba en Esparraguera cuando tuvo lugar la primera escaramuza que sufrieron los franceses antes de retirarse hacia Barcelona, aunque no se menciona el episodio.

Agustina llega a Zaragoza cuando la ciudad empezaba a ser atacada por los franceses⁸ y coopera en la defensa alentando a los artilleros y sirviéndoles tacos y otras provisiones, hasta que los dos primeros días de julio los enemigos comenzaron el bombardeo contra la ciudad. Es entonces cuando se dirige hacia la batería del Portillo, que estaba siendo duramente atacada y comienza a ayudar y a socorrer a los artilleros, diciéndoles, según su propio relato, «ánimo artilleros, que aquí hay mujeres cuando no podáis más». Efectivamente, al poco rato, caía herido de un balazo en el pecho el cabo que, a falta de otro jefe, estaba al mando de la batería y, a causa de una granada, caían abrasados por los cartuchos que volaron casi todos los demás artilleros, de modo que la batería quedó inutilizada y con riesgo de ser asaltada de un momento a otro. La propia Agustina cuenta en un memorial que «ya se acercaba una columna enemiga, cuando tomando la exponente un botafuego pasa por entre muertos y heridos, descarga un cañón de a 24 con bala y metralla aprovechada de tal suerte, que levantándose los pocos artilleros de la sorpresa en que yacían a vista de tan repentino azar, sostiene con ellos el fuego hasta que llega un refuerzo de otra batería, y obligan al enemigo a una vergonzosa y precipitada retirada». Enterado de la hazaña el general Palafox, la condecora con el título de Artillera y sueldo de seis reales diarios.

Según Palafox en sus memorias -y de ahí arranca en parte la novelización de los hechos-, Agustina amaba al artillero moribundo. De ahí a decir que era su prometido había un paso, afirmación que Coy Cotonat desmiente de buena fe, alegando que mal podía ser su novio, si ella estaba casada. Lo que está claro es que, si en Zaragoza sitiada hubo alguien con quien Agustina mantuvo una relación, no era su marido, Juan Roca, el cual, se encontraba «en las acciones de María, Montorite y Belchite, los días 15,16 y 18 de junio de 1809», según su hoja de servicios.

Durante el segundo sitio de Zaragoza, que terminó con la capitulación, debido al hambre y a la epidemia de peste que asoló la ciudad, Agustina contrae la enfermedad, al igual que su hijo -inexistente en la novela-, a pesar de lo cual es apresada y llevada con los demás prisioneros camino de Francia⁹ Cuando Agustina recoge estos hechos en su memorial no habla de más compañía que la de su hijo de cinco años, que fallece al llegar a Ólvega, en la provincia de Soria, «a la fuerza del contagio, fatiga del camino y falta de recursos para su existencia».

Pero llegan a Puente la Reina, y aquí coinciden perfectamente el relato del memorial y la trama novelesca, aunque en ésta se introducen personajes de los que el documento no habla. El hecho es que en Puente la Reina Agustina logra escapar del hospital, confundida con otros enfermos, con ayuda de un matrimonio que en la novela es enviado por Talarbe. Y así llega a Cervera de Aguilar, donde permanece enferma cerca de un mes.

Una vez restablecida, se dirige a Teruel, donde el gobernador de la Junta, don Luis Amat, le facilita pasaporte para el ejército, con el que se presenta a los generales Marqués de Lazan y Blake, que a su vez se lo conceden para pasar a Sevilla y presentarse ante la Suprema Junta Central. El 30 de agosto de 1809, en el Alcázar de Sevilla, la Junta Suprema Central del Gobierno de España, en ausencia del Rey, prisionero en Francia, le concede, en atención a sus méritos, el grado y sueldo de Subteniente de Artillería.

El viaje a Andalucía está relatado con detalle en la novela, con llamadas a la historicidad de los acontecimientos, entre los que figura una corrida de toros que le brindan a Agustina en Cádiz, y el regalo que le hace Wellington, a través de Doyle, de dos pistolas bellamente trabajadas, con incrustaciones de oro, plata, nácar y marfil, que, cuando se disparaban, quedaban armadas con bayonetas. Además le pidió a la heroína sus pendientes y sortijas, para enviarlos a Londres, donde se custodiarían por haberle pertenecido, y regalándole a cambio otros anillos que representaban la alianza, un cañón y un mortero, y unos pendientes en forma de bellotas guarnecidas de brillantes.

Se cuentan también los agasajos de que fue objeto por parte de la comunidad hebrea, que ofrece un baile en su honor, y de los ingleses en Gibraltar, donde le hacen un retrato que, según su hija, todavía en 1846 podía contemplarse «en el Museo de Londres»¹⁰.

Interesa destacar que en todos los acontecimientos de la novela, desde su liberación en Puente la Reina, Agustina estará acompañada por el personaje de Talarbe, que habría viajado con ella a Andalucía y Gibraltar, y desde allí ambos habrían partido en barco rumbo a Alicante, donde «permanecieron pocos días, en los cuales fueron obsequiados por la familia de Talarbe. Después emprendieron la marcha para Tortosa, que se preparaba para resistir al enemigo». En efecto, en el expediente militar existe un documento, firmado por Miguel de Lili, Conde de Alacha, entonces comandante de la plaza, que certifica que Agustina estuvo, en noviembre de 1810, empleada en una de las baterías de Tortosa hasta su rendición, que tuvo lugar en enero de 1811, siendo entonces llevada a Zaragoza con los demás prisioneros. La novela cuenta que Talarbe, después de haber peleado también en Tortosa, y hallándose en Zaragoza en el hospital, logra huir de él con la ayuda de Agustina, siendo más tarde ambos destinados a la división del general Morillo.

De nuevo un documento firmado por el general Pablo Morillo certifica que Agustina, después de la defensa de Tortosa, continuó «sus buenos servicios en el Ejército que estuvo a mi mando e hizo prodigios de valor en la también memorable batalla de Vitoria». En la novela, después de la batalla, Agustina y Talarbe piden licencia para pasar a Valencia y cuando termina la guerra, en 1814, Talarbe es Teniente Coronel.

Según Carlota Cobo, estando ya Agustina en Valencia, recibe una inesperada carta de Roca, al que daba por muerto, en la que la reclama como esposa, de modo que Agustina, tras una costosísima decisión, se despide de Talarbe, que, no siendo ya capaz de permanecer en la península, obtiene un destino militar que le conduce a América.

El final de la novela se precipita, en lo que a la biografía de Agustina se refiere, resumiendo en el último capítulo que su reunión con Roca no fue feliz y que hubo de separarse de él, aunque se trasladó a Barcelona para atenderle, cuando supo que se hallaba muy enfermo, sin llegar a tiempo de verle con vida¹¹. Entretanto, Talarbe se casaba en América y al regresar a España, con el grado de General, Agustina ya había contraído un nuevo matrimonio, sin amor, en el que tampoco fue feliz. Talarbe -cuenta la novela- llegaría a ocupar «los primeros destinos del Estado», mientras que Agustina acabaría trasladándose «a la plaza de Ceuta, donde vivió muchos años entregada solo a la religión y a practicar la caridad».

La novela termina relatando que, pasados los años, y viviendo Agustina en Ceuta,

Algunos periódicos de la corte anunciaron la muerte del Teniente General*** [no dice Talarbe] de resultas de una antigua herida...

La Heroína, al saberlo, exclamó con acento plañidero:

- Todo estaba ya muerto... Vivíamos tranquilamente en la paz de Dios; sin embargo, pronto nos veremos allí, dijo señalando a la celeste esfera.

Un año después la célebre Heroína de Zaragoza había dejado esta mansión de llanto.

La fuente histórica del personaje de Talarbe

La lectura atenta de la novela y la comprobación de que, tanto la cronología, como los sucesos cuya historicidad se encarece, pueden verificarse con documentos oficiales y con la prensa de la época, despertó en mí el interés por el personaje de Talarbe, apellido que no pertenece a ningún militar cuya hoja de servicios se encuentre en el Archivo General Militar de Segovia y que, es más, creo totalmente inventado. Pero los indicios de que pudiera esconder la verdadera identidad de un personaje real eran demasiados como para no intentar verificarlo.

De modo que, empezando por el final, se trataba de identificar a un Teniente General que hubiera peleado en la Guerra de la Independencia y que hubiera fallecido un año antes que Agustina de Aragón, para, a partir de ahí, comprobar qué podía haber de cierto en el relato novelesco.

Efectivamente, entre las biografías de todos los componentes del Estado Mayor General del Ejército Español de los años centrales del siglo XIX¹² una parecía responder al personaje de Talarbe, apellido ficticio que, sin embargo, conserva dos sílabas de su original histórico, el del Teniente General José Carratalá y Martínez, nacido en Alicante¹³ el 14 de diciembre de 1781, y Licenciado en Derecho por la Universidad de Valencia el 14 de marzo de 1808, que se enroló en el ejército, sin vocación militar, ante la invasión francesa.

Pero no bastaba la semblanza biográfica que encontramos, y recurrimos a su hoja de servicios y expediente militar, más concreto y detallado en cuanto a fechas y lugares, que confirmó nuestras suposiciones, aunque debo advertir que creo que, en la vida real de Agustina, José Carratalá no aparece en una época tan temprana como el personaje de Talarbe en la novela. Este nombre sólo a partir de un determinado momento encubre a José Carratalá, cuyo itinerario vital durante la Guerra de la Independencia coincide con el del novelesco Talarbe y es, por tanto, paralelo al de Agustina de Aragón.

Es histórico que José Carratalá tuvo un papel destacado durante la Guerra de la Independencia, y que después de un heroico comportamiento en la batalla de Tudela

(23-XI-1808), donde fue herido, se encontraba en Zaragoza durante el segundo sitio, y, como Agustina, fue hecho prisionero. De camino a Francia es ingresado en el hospital de Pamplona, de donde se fuga el 1 de mayo de 1809, y el 23 de mayo se encuentra en la acción de Alcañiz (Teruel). El 26 de septiembre de 1809, al mando de Blake, se encontraba en la acción sobre Gerona, para liberarla del sitio. Y desde ese momento no constan acciones militares en su expediente, durante los mismos meses en que Agustina viajó desde Teruel a Andalucía, acompañada por Talarbe.

Vuelven a coincidir los expedientes de ambos en el sitio de Tortosa, en 1810, donde José Carratalá es herido, y al capitular la ciudad (2 de enero de 1811) es hecho prisionero, como Agustina, y llevado, como ella, a Zaragoza, de cuyo hospital se evade el 9 de marzo de 1811, como Talarbe en la novela. Después de hallarse en la Acción de Jarafuel (12-7-1812), consta que «sufrió la retirada de Castilla con el Ejército Británico a fines del mismo 1812», y que estuvo, al igual que Agustina, en la Batalla de Vitoria.

El 2 de septiembre de 1814, José Carratalá era, como Talarbe al terminar la guerra, Teniente Coronel. Y en febrero de 1815 embarcaba, bajo las órdenes de Pablo Morillo, rumbo a Ultramar, para reconquistar la Isla Margarita. En 1818, con licencia del Virrey del Perú, contraía matrimonio en América con Ana Gorostiaga.

Cuando regresa a España en 1825, Carratalá es General, como el novelesco Talarbe. Y en cuanto a lo que la novela dice de que éste llegó a ocupar los más altos destinos del Estado, también coincide con la biografía de José Carratalá, que después de ser, a su regreso de América, Gobernador Militar y Político de Gerona y su distrito (29-III-1828), Gobernador Militar y Político de Tarragona, Capitán General de Extremadura, de Valencia, de Murcia¹⁴ y de Castilla la Vieja, no llegaría a tomar posesión de este último cargo por ser nombrado, el 17 de enero de 1838, Ministro de la Guerra. Después de su breve paso por el ministerio¹⁵ fue Capitán General de Andalucía (13-II-1839) y Senador por Sevilla, hasta que en 1844 se retiró de cuartel a Madrid, donde residió hasta su muerte, que tuvo lugar el 13 de diciembre de 1855, un año y cinco meses antes que la de Agustina de Aragón. Desde 1838 era, como Talarbe, Teniente General, y los periódicos de la corte dieron la noticia de su fallecimiento¹⁶.

Lo ocurrido entre José Carratalá y Agustina de Aragón no lo sabemos, y con la imaginación no debe escribirse la historia. Lo que sí parece es que este personaje histórico, real, del que por razones evidentes no podría haberse hablado en una biografía de la época, fue muy importante en la vida de Agustina, a la que ayudó en circunstancias difíciles, por lo que ella le estuvo agradecida hasta su muerte. Si existió o no una historia de amor no puede probarse, aunque la idealización de su persona y el agradecimiento que siempre le manifestó Agustina hacen muy verosímil el enamoramiento, al menos por parte de ella.

La ficción romántica entrelazada

Sólo me falta aludir a lo que he llamado la otra trama novelesca entrelazada con la vida de Agustina, cuyo hilo conductor es el personaje de Clemencia, una mujer de 36 años (los mismos que tenía Agustina a la muerte de Juan Roca¹⁷), madre soltera de una

hija que no llegaba a los 19, debido al engaño de Ricardo Ostell, que le prometió casarse con ella, abandonándola después. Las peripecias de esta historia son enmarañadas e inverosímiles, con todos los ingredientes de la novela histórica romántica, pero hay en ella elementos que, por lo innecesarios que resultan para el desarrollo argumental, hacen pensar en la inclusión no gratuita de este relato inventado.

No voy a resumir con detalle la historia de Clemencia y de su hermana Matilde, quienes, sin saberlo, tienen respectivamente una hija, Belisa, y un hijo, Florencio, del mismo padre, lo que impedirá, cuando el hecho se descubra, el matrimonio de esos dos jóvenes, hasta que Matilde confiese que realmente Florencio no es hijo suyo, sino adoptado sin conocimiento de su marido. Lo que importa es que en la ficción entrelazada con la historia de Agustina de Aragón encontramos ciertas claves que, aunque muy de la época y muy del género de la novela histórica, invitan a justificar algunas conductas consideradas poco ejemplares. Porque Clemencia vive con la angustia de haber tenido una criatura fuera del matrimonio, con el consiguiente rechazo social e incluso familiar, ya que la culpan de la muerte de su padre poco después de su fuga. Clemencia enfermará a causa del disgusto y, por necesidad de subsistencia y de dar un apellido a su hija, acabará accediendo a casarse, sin amor, con el hombre que se ocupó de ella durante su estancia en el hospital. De modo que el lector no puede por menos de compadecer y sentir simpatía por la desgraciada Clemencia, que incluso para algún personaje de la novela, como Matilde, pasa de ser considerada una aventurera, cuya hija, Belisa, es indigna de casarse con su hijo Florencio, por ser «hija del crimen», a ser compadecida, comprendida y querida, cuando descubra que esa «aventurera» es su propia hermana, Clemencia, y que quien la engañó y la abandonó fue su propio marido.

Otros hechos históricos quedan «lavados» en la ficción novelesca. Así, el segundo matrimonio de Agustina con Juan Cobos y Mesperuza, el médico almeriense doce años menor que ella, con el que se casó en marzo de 1824, cuando había transcurrido menos de un año desde que Juan Roca falleciera en Barcelona el 1 de agosto de 1823. En la novela, cuando Talarbe, dando a Roca por muerto, pretende casarse con Agustina ésta se resiste repetidamente: «No quiero que caiga sobre mí la maldición divina, porque no respeté la memoria del que fue mi esposo» (p. 199). Finalmente, ante el argumento de que «Una esposa puede seguir a su esposo a todas partes» -no así si no estuvieran casados-, accede a contraer un matrimonio que deberá permanecer en secreto «hasta pasado el año de luto» (p. 200).

Es tiempo de terminar mi comunicación, aunque no la investigación sobre la verdadera historia de Agustina de Aragón, en la que todavía quedan algunos puntos oscuros, desfigurados por la leyenda (también la «leyenda negra»), porque de ellos ya no se ocupa la obra que, aunque bajo la ficción literaria, nos ha servido en esta ocasión como fuente histórica.

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

